JESÚS, DIOS HERIDO Y EXPERIMENTADO EN LA IGLESIA

-P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Ya Albert Camus señala su único método de credibilidad: “Lo que siento y por lo que palpo, he aquí lo que conozco”. Ciertamente es un posible criterio de certeza subjetiva, sin excluir otros criterios que son necesarios para responder a la racionalidad propia del ser humano en una línea objetiva como ‘el principio de no contradicción’ y el cada vez poco ‘sentido común’. El primero que señala Camus, en cierta manera es deudor de la duda metódica de Descartes quien señala su principio en el “pienso, luego existo”; ciertamente su valor estriba en el campo subjetivo de la conciencia. La evidencia científica, también ha de tomar en cuenta sus límites, porque se responde a un modo de paradigma científico según la época,-según los planteamientos de Thomas, que puede llegar a ser desfasado; baste citar a Heisenberg, con su principio de indeterminacíón atómica. Esto nos pone alerta para evitar extremos que llevan a una falsa seguridad entre la credulidad y el escepticismo. Por eso son lamentables las informaciones en donde abundan las acusaciones; para defender la postura, atacan a la persona y no se examinan los planteamientos y contenidos. Ahí descubrimos la actualidad de Babel, como lugar de confusión de lenguas, porque lo que importa es ‘mi verdad’, se rompe la comunión, el diálogo, la convivencia y se atomizan las posturas, “cada uno y sus cadaunadas”,-de Unamuno, o nuestro dicho mexicano “cada cabeza es un mundo”. Qué importante, iluminador y alentador es el texto del Evangelio de san Juan 20, 19-31. En éste podemos encontrar el paradigma para la solución de nuestras crisis recurrentes: ante la crisis paralizante del miedo, a veces enfermiza , la presencias y la Paz de Cristo resucitado, -shalóm; ante la crisis del discípulo Tomás que está en situación sincera de busqueda por eso su postura individualista, automarginado de la Comunidad y del testimonio de los otros testigos, el ser invitado a palpar las llagas del Señor por el mismo Señor de acuerdo a la provocación del mismo Tomás, sobre todo a tocar la llaga de su Corazón traspasado y glorificado;éste es Jesús, el Dios herido cuyas llagas las lleva a la eternidad y permanecen en la tierra en la celebración de la eucaristía. Ante un modo de Iglesia ritualista y estereotipada, la vivencia del misterio celebrativo, en una experiencia que permita, más allá de circunscripción al mero hecho religioso humano e inmanente, a asumir a Jesús, como autorrevelación de Dios Padre, y por tanto, como Acontecimiento de Salvación en la Historia. Liberarnos de ver a la Iglesia solo identificada con su jerarquía,-aunque tiene su dimensión jerárquica que es carisma esencial de la misma Iglesia dado por Jesús al constituir a algunos discípulos escogidos y formados para ser sus Apóstoles; ver a la Iglesia como una simple sociedad humana,-que lo es, pero en mera perspectiva sociológica y poner en tela de juicio o simplemente negarle su carácter sobrenatural; el hacer presente en el juicio condenatorio la postura de los “cátaros”,-de los puros e impolutos, desconociendo su dimensión histórica, marcada por la cultura, los usos y costumbres de su tiempo, compuesta por humanos pecadores, imperfectos y deficientes. La Iglesia es misterio y sacramento; diríamos, Jesús inmolado, resucitado y glorificado, es el Primer Sacramento o el Sacramento radical de nuestra salvacíón; experimentar a Jesús, es experimenta al mismo Dios. La Iglesia es ese Sacramento Primordial o el Protosacramento de Cristo, Sacramento del Padre. Así la Iglesia prolonga en el espacio y en el tiempo la presencia redentora de Jesús el Mesías, por voluntad del mismo Cristo resucitado: “reciban al Espíritu Santo, a quien perdonen los pecados les quedarán perdonados, a quienes no se los perdonen les quedarán sin perdonar”(Jn 20, 22-23); o tambien antes de la Ascención, “Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras: Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautízenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el final de los tiempos” ( trad. Biblia de América, Mt 28,18-20). Entonces, el realizador de la salvación es Dios Padre por medio de Cristo y de su Espíritu Santo en su Iglesia; la actuación humana de la Iglesia en la configuración de los sacramentos, es la intervención soberana de Dios. Por eso el eje de toda la vida sacramental es el misterio pascual de Cristo, es decir, su muerte y resurreción, como nos lo recuerda el Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Liturgia (SC) 5.47.61.

Nuestro confinamiento, por la cuarentena, es una ocasión propicia para reflexionar y profundizar en los alcances de nuestra dinámica sacramental, verdaderamente salvadora; experimentar en la comunidad familiar, -nuestra iglesia doméstica, la presencia de Cristo resucitado por la oración y la lectio divina o la lectura orada de la Palabra de Dios y orar nuestra propia vida; o nuestra asistencia virtual verdaderamente de corazón en las celebraciones de la santa misa; el vivir el mutuo perdón y la mutua misericordia. Son tiempos para ser discípulos y en su momento también ser testigos de Cristo resucitado; si hay en familia algún “Tomasito”, hay que acogerlo con benevolencia y ponerlo en contacto con las llagas del Señor: “mirarán al traspasaron”, nada más que ha resucitado y está con nosotros. Que la Virgen Santísima de Guadalupe,- la Regina Coeli, Reyna del Cielo, ore por nosotros a Dios, y nos alcance el fin de la pandemia y la gracia de la conversión a Cristo resucitado y a una Iglesia, comprometida, que sabe discernir, y que no pierde su fuerza y vitalidad ante críticismos estériles y destructores de la Unidad.